

MIS CALCETINES

Álvaro López Celdrán

“La igualdad tal vez sea un derecho, pero no hay poder humano que alcance jamás a convertirla en hecho”.

-Honoré de Balzac-.

Sábado.

Un sábado cualquiera, yo estaba viendo un reportaje en la tele nueva que había comprado papá para ver el fútbol, no entiendo mucho de televisores, pero siempre le dice a mi tío Manuel que es de 36 pulgadas, con unos altavoces que hacen que parezca que los actores, presentadores y la chica del tiempo te hablan al oído, full HD o algo así. El tío Manuel es el hermano de mi madre, le encanta discutir con papá. Estaba un poco cansado del colegio, había sido un día duro, me habían enseñado las tablas de multiplicar y el bocadillo que me había hecho mamá era de chorizo, y eso que siempre le digo que prefiero el jamón, en definitiva, un día malísimo y, para colmo, se me estaban cerrando los ojos. Papá me llevó en brazos a la cama.

Los domingos se trabaja. En Dacca, la gente trabaja los domingos, los días de fiesta son los viernes y los sábados. Odio los sábados porque al día siguiente hay que trabajar. Normalmente, me levanto temprano, los días laborales, me refiero, los fines de semana el señor Kamal me permite dormir hasta las nueve, el señor Kamal es un compañero de trabajo que me deja dormir en su casa. Le conocí cuando mis padres se fueron con un señor a no sé dónde un día de mercado, ah, sí, ya me acuerdo se fueron a trabajar lo que no me acuerdo es del sitio.

Todos los días vamos andando a la fábrica, a principio de mes solemos desayunar un poco de pan de pita dulce, a final de mes nunca tenemos tiempo de desayunar, dice el señor Kamal. La semana pasada compramos doble ración, era el día de mi cumple, mi cumple es el 23 de marzo, tengo exactamente 11 años y un poquito, me encanta recordar cosas. Cuando llegamos a la fábrica, saludamos a algunos compañeros, solo a los que conocemos, en la fábrica hay muchísima gente es imposible conocerlos todos. Hasta ahí siempre la parte divertida. Mi trabajo es hacer ropa de todas clases, hay días que hago camisetas otros zapatillas y a veces si tengo suerte calcetines, me gustan los calcetines porque son más pequeños y cuesta menos trabajo. Nunca sé cuándo tengo que parar de trabajar, el señor Kamal dice que siempre que vea que se está haciendo de noche es que se está acercando la hora de cerrar. Cuando llego a casa estoy muy cansado tengo heridas en los dedos y no me puedo desabrochar los cordones de los zapatos.

El viernes pasado conocí a un amigo del señor Kamal. El señor Kamal es un tipo muy listo y estaba hablando sobre algo de un código, un código social de la fábrica que lo tenía preso por cuatro takas o algo así. Yo no tengo ese código creo, yo solo trabajo y me dan dinero. Bueno pues ese amigo de Kamal tenía un hijo, Mohammed, que, por cierto, me resultó un niño bastante interesante, iba al colegio y todo. Solo unos pocos van al colegio, los que pueden, se ve que ese amigo de Kamal tiene dinero, me encantaría ir al colegio y llevar esas camisas tan blancas que llevan los niños. Pero el colegio no es gratis y bueno en realidad tampoco tengo tiempo. Estuvimos jugando todo el viernes por la tarde, hasta fuimos al zoo, ese niño era un chico listo, se sabía la mayoría de nombres de animales del zoo, el animal del cuello largo se llama jirafa, el del pelo largo león, también hay uno que siempre está en el agua que se llama hipopódromo, o algo así me dijo, me encanta recordar cosas. Él dice que todo eso se lo enseñan en la escuela, yo le he dicho que a mí en la fábrica no me enseñan nada, pero le puedo regalar unos calcetines. Me cayó tan bien que estaba dispuesto a coger unos calcetines sin permiso para dárselos el próximo

día. El sábado, el señor Kamal también quedó con este tipo, nunca me acuerdo de su nombre y mira que me gusta recodar las cosas, el caso que también quedé con Mohammed, estuvimos hablando toda la tarde, me contó que un primo suyo también trabajaba, pero que lo hacía para una empresa familiar o algo así, yo le dije que de familia nada pero que el próximo día podía darle unos calcetines. Le acompañé hasta su casa, estaba al lado de su escuela, qué suerte tenía. Estaba tan ilusionado con mi nuevo amigo que se me había olvidado por completo del señor Kamal, y mira que me gusta recordar las cosas. El señor Kamal vino a toda prisa me cogió del brazo y me llevo a casa, yo solo estaba esperándole en la puerta de Mohammed. Una vez en casa me dijo que no iba a volver a ver a Mohammed, me explicó el motivo, pero... quería seguir viendo a Mohammed, así que cogí el primer calcetín que vi en el suelo de mi habitación y me dispuse a escribirle que mañana, cuando saliese de la fábrica, podíamos vernos. Pero no pude, no sabía escribir, es algo normal en los niños de mi edad. El único niño que conozco que sabe escribir es Mohammed, bueno, también es el único niño que conozco.

Ya era domingo, hoy se trabajaba, así que hice la rutina de todos los días, me despertó el señor Kamal y fuimos andando a la fábrica. Hay un montón de fábricas alrededor y un montón de gente, me agobia mucho cuando entro porque soy bajito y solo veo los bolsillos de los pantalones de la gente. Un día, a un señor se le cayeron dos takas del bolsillo, menos mal que yo estaba ahí para dárselas, es algo útil, aunque no entiendo porque el señor Kamal me dijo que el dinero no tiene nombre y que es de quien se lo encuentra, pero yo vi perfectamente que era de ese señor. Cuando se aproximaba la hora de comer, me acerqué al señor de al lado, que hoy había tenido suerte, y le tocaban calcetines e intenté tomar prestado uno, digo tomar prestado por que mañana, me prometí a mí mismo, haría uno más. Cuando fui a cogerlo el señor me echó una gran bronca, no entendí muy bien lo que decía, pero gritaba mucho, el señor Kamal vino desde dos filas adelante para ver que ocurría. Había sonado el timbre de la comida, teníamos exactamente una hora para comer, entre

tanta discusión agarré el calcetín y salí corriendo dirección a la escuela de Mohammed. Sabía perfectamente donde estaba, me gusta acordarme de las cosas, él también tenía un descanso para comer pero la puerta estaba cerrada. Le pregunté a un niño que si conocía a Mohammed y me dijo que en su escuela hay muchos, es un nombre muy utilizado por aquí, así que le dejé el calcetín en la puerta del colegio con la esperanza de que cuando lo viese supiese que era mío. No tenía mucho más tiempo por lo que me apresuré para llegar a la fábrica antes de que se acabara el descanso o iba a tener problemas. Ese día no comí el trozo de pan que me tocaba, pero mereció la pena. También mereció la pena aguantar al señor Kamal y su reprimenda antes de acostarme por lo que había ocurrido en la fábrica.

El día siguiente fue exactamente igual, agarré otro calcetín y lo llevé a la puerta del colegio de Mohammed, supuse que había cogido el otro porque ya no estaba en la puerta, ese día tampoco comí mi trozo de pan. Estuve haciendo lo mismo día tras día, pero me estaba costando porque cada calcetín que cogía era un calcetín que tenía que tejer de más para que el jefe no se diese cuenta. Cada día que iba era un día que no comía y, si no comía en la fábrica, el señor Kamal decía que no comía. Un día llegué a la puerta y un hombre que trabajaba en la peluquería de enfrente me dio un trozo de servilleta con algo escrito, me dijo que un niño se lo había dado diciéndole que se lo diese a quien dejase un calcetín en la puerta, ese era Mohammed, ya dije que era un niño muy listo. El problema es que no se leer muy bien y el señor Kamal, que es el tipo más sabio que conozco, se enteraría y me regañaría otra vez. No tenía tiempo de pensar, tenía que ir corriendo a la fábrica, ese día tampoco comí mi trozo de pan. Una vez en casa empecé a idear un plan para descifrar lo que ponía en ese papel. Finalmente, se me ocurrió una brillante idea. Una vez vi al tipo de la frutería que hay de camino a la fábrica escribir algo cuando un señor le pagó unas takas por un puñado de plátanos, me encanta recordar cosas. Por lo que si ese hombre sabía escribir, sabría también leer y podría ayudarme con mi problema. Esa noche hubiese

descansado como nunca si no hubiese sido por los mosquitos, el señor Kamal dice que si los mosquitos fuesen dinero seríamos ricos en casa. Al día siguiente a la hora de comer me dispuse a salir, pero llevaba una semana sin el trozo de pan y estaba bastante hambriento, aunque al estar a principio de mes estábamos cenando algo de verdura en casa, ya es abril. Me quedé en la fábrica. Llegamos a casa y dormí hasta el día siguiente.

Es viernes, día festivo pero teníamos que ir a ver a un primo de Kamal que trabaja en el campo. No tenía hijos ni pretendía tenerlos, no tenía mujer y me sorprendía como hablaba de ellas. Entendí entonces por qué cada vez que iba al colegio de Mohammed no había ninguna niña en la escuela. Pasamos el fin de semana allí.

El domingo tuve que madrugar otra vez para ir a la fábrica y ya empezaba a pesarme la monotonía de siempre. Me preguntaba por qué a los mayores solo les importa el dinero, por lo que le hice esa pregunta al señor Kamal, a lo que, muy sabio, como es habitual en él, me respondió que si me importaba comer, yo le dije que sí. No hubo más conversación, era un hombre de pocas palabras para ser sinceros. El observaba todo, pero rara vez hablaba, solo habla cuando tiene que reñirme por algo.

Pasó el tiempo y un día, de camino a la fábrica, introduje la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y noté un papel de servilleta arrugado, era raro porque no suelo utilizar servilletas. Fue entonces cuando recordé la servilleta de Mohammed con aquello escrito. Aún la tenía en la chaqueta, y eso que me gusta recordar las cosas.

Había pasado una semana y probablemente Mohammed ya no tuviese ganas de jugar. Aunque yo no tenía tiempo de jugar, pero por Mohammed estaba dispuesto a hacer un esfuerzo, estaba dispuesto incluso a aprender a leer, así sería más fácil poder comunicarnos. En la hora de la comida salí corriendo al puesto de fruta y le pedí al señor

frutero que por favor me dijese que ponía en aquella servilleta. Me dijo que ponía “a las ___ en la puerta del colegio”. La hora no era visible por que la servilleta había estado en mi bolsillo una semana. Pero qué casualidad que justo se borre la hora. Como dice el señor Kamal, la casualidad es uno de los mayores tiranos del mundo.

Cuando llegué a casa estuve pensando que podía hacer para estar todo el día en la puerta del colegio y poder ver a Mohammed. Pensé que lo mejor era fingir que estaba enfermo por las heridas de mis dedos y así no ir a la fábrica, tendría tiempo entonces de esperar todo el día a Mohammed. Así pues, fingí estar enfermo, lo más enfermo que había estado nunca y le supliqué al señor Kamal que, por favor, me dejase en casa, pues no estaba en condiciones de trabajar. El señor Kamal era un hombre inflexible, me tocó la muñeca izquierda con sus dedos arrugados y ásperos y me dijo: “Tienes pulso, vienes a la fábrica”. No dijo nada más, era un hombre de pocas palabras. No hay ningún tipo de artículo en el código que mencionó hablando con el padre de Mohammed acerca de estar malo, hay que ir sí o sí. En mi cabeza cada vez cobraba más fuerza la idea de dejar de ir para siempre a la fábrica, no me gustaba nada, a mí lo que verdaderamente me gustaba era memorizar cosas y aprender. A problemas desesperados soluciones desesperadas, pensé, lo único que podía hacer era dejar de ir sin más, nadie en la fábrica me podía echar de menos, ya ves, pondrían a otro niño con las manos pequeñas y dedos ágiles para hacer calcetines.

Ese día estuve hablando con Mohammed todo el tiempo, al salir de clase claro. Le conté cual era mi situación y él la entendió perfectamente, aunque no nos conocíamos mucho, nuestra afinidad era magnífica. Nos entendíamos el uno al otro a la perfección. Finalmente, él se ofreció a enseñarme lo que le enseñaban en el colegio día a día. Por fin podría leer y saber el nombre de todos los animales del zoo. El problema es que no tenía donde vivir, ya que me fui sin decirle nada al señor Kamal, de lo contrario no me hubiese dejado marchar nunca. Él es un tipo con los pies en el suelo, el

problema es que nuestro suelo está lleno de barro, y eso él era incapaz de notarlo. Pronto recordé que la antigua casa donde vivía con papá y mamá estaba deshabitada y podía ocuparla, si no llamaba mucho la atención.

Pasó el tiempo. Ya habían pasado semanas y no tenía noticias del señor Kamal, tampoco me había interesado, estaba demasiado ocupado aprendiendo y mejorando mi antigua casa. Tenía unos ahorros de cuando trabajaba en la fábrica y, por las mañanas, me ganaba la vida en la peluquería de un primo de Mohammed, eso hizo que por fin tuviese algo de dinero, aunque era lo justo para sobrevivir, decidí comprarle unas flores al señor Kamal y llevárselas a la fábrica. Estaba deseoso de contarle como era mi nueva vida e impaciente esperando cuál sería su reacción.

Era 24 de abril, un día raro. Me encaminé hacia la fábrica, me apetecía un vaso de agua, pero el agua de aquí no se puede beber, tienes que comprarla y ya me había gastado todo en las flores. Kamal decía que tenía arsénito o arsénimo, o algo parecido, era un hombre muy sabio siempre lo he dicho. ¡Ah, sí! Arsénico, ya me acuerdo, me encanta recordar cosas, puede que me repita un poco diciendo eso, pero es que me encanta. De camino a la fábrica oí un enorme estruendo, como si el mundo se hubiese rajado por la mitad y yo estuviese justo al lado. La gente comenzó a correr despavorida cuando una nube de polvo gigante envolvió el ambiente. No podía, ni quería saber lo que estaba sucediendo en ese momento. Pasados unos minutos al mismo tiempo que la nube de polvo se iba deshaciendo como si fuese un telón que destapa el final triste de una obra de teatro, pude ir viendo la fábrica destruida por completo. Eran solo piedras, montones de piedras, toneladas de piedras. El señor Kamal siempre dijo que eran inadmisibles las condiciones de la fábrica y que un día iba a ocurrir una desgracia, pero nadie le hacía caso nunca al señor Kamal. Creo que esta desgracia es a la que se refería. No quise saber nada de nadie. Me apresuré corriendo a casa del señor Kamal, entré por la ventana dentro de su habitación y le dejé las flores en la mesilla,

el señor Kamal nunca faltaba a trabajar ni un solo día pero yo tenía la esperanza de que ese hubiese sido el día. Vería las flores cuando llegase a casa.

-¡Que desastre! Te has vuelto a quedar dormido viendo la tele. ¡A la cama, que ya eres mayor para que te lleve en brazos!

Me quedé petrificado. Había estado durmiendo todo el tiempo. Miré la televisión y prestando atención pude observar de qué trataba el documental. No estaba Kamal ni Mohammed, o mejor dicho, en las calles de Bangladesh solo estaban Kammal y Mohammed. Personas con la peor de mis pesadillas a sus espaldas. Pero para ellos no era una pesadilla, era su día a día. Mientras, me encontraba yo sudado, con cien pulsaciones por minuto, la mirada perdida pensando lo que acababa de suceder. Había pasado penurias, condiciones deplorables, dolor e incluso impotencia. Todo había sido una pesadilla por suerte para mí, no había tanta suerte para otros Mohammed y Kamal. Pero ahí estaba yo, quejándome en mi sofá de terciopelo con un vaso de leche caliente antes de dormir mirando mi televisión de 36 pulgadas full HD. Ahí estaba yo con la mirada perdida. Ahí estaba yo sin hacer nada.